

Down

*Julio Alejandro Gómez Ortega**

—*Qué bonita corbata.*

—*No seas estúpida, es un cinturón.*

LEWIS CARROLL

Después que derribamos en la oscuridad al comandante Salazar, Remigio le colocó las esposas y entre los dos lo subimos al auto mientras el detenido lloraba inconsolable. Yo conducía cumpliendo órdenes hacia la casa de la playa y ellos dos viajaban en la parte de atrás. Salazar, con las manos esposadas y los ojos vendados, gimoteaba con la frente inclinada hacia el respaldo del asiento delantero, Remigio con la mano izquierda lo agarraba del cabello y con la derecha empuñaba la pistola sobre la nuca.

Al llegar a la casa vacía que Remigio tiene en la playa, me estacioné en la entrada y condujimos al detenido por el largo patio sembrado de palmeras hasta el “cuarto de las confesiones” dispuesto desde hace tiempo para este fin y lo sentamos en la silla habitual de los que allí introducimos para interrogarlos.

Remigio dio algunas vueltas por el cuarto alrededor del detenido y después, pistola en mano se acomodó en la tabla del escritorio mirando fijamente a Salazar sin saber qué hacer con él. Apretando las quijadas de coraje lo miró un rato y luego me mandó por la maleta usual que se guarda en la cajuela del auto. Antes de salir escuché que le asestó un golpe en la cabeza. El camino desde la casa a la salida en donde estaba el coche era de casi cien metros y la escasa luz de la luna en cuarto menguante apenas se alcanzaba a colar por entre las palmas. Bien pude haberme ido, mas la duda sobre el destino de Salazar a quien yo tenía especial afecto me hicieron quedarme afuera a escuchar un poco y luego

* Tercer semestre de la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana. Ganador del Premio Nacional al Estudiante Universitario “Sergio Pitol”, categoría relato, organizado por la Secretaría Académica y la Dirección General Editorial de la Universidad Veracruzana.

ir por la maleta —Total, podía yo argumentar que la distancia y la oscuridad habían sido causantes de mi retraso.

Remigio ante el gimoteo y el temblor del comandante volvió a arremeter contra su cabeza diciéndole que se callara “que si no le pego en este momento un tiro en la cabeza es por el aprecio que le tengo, comandante, porque sé las presiones que ha tenido desde que murió su esposa y lo que ha batallado con la tarea que me ha dejado, qué nos puede ocultar a nosotros, para dónde iba a jalar si conocemos todos los lugares a los que cada uno se puede ir a esconder, acuérdesese que hasta inventamos un lenguaje y una serie de actos para entendernos entre nosotros, cómo nos podría burlar si hasta puedo adivinarle cada movimiento desde el momento en que nos despedimos hasta que llegó al lugar donde lo detuve, si cada uno de nosotros conoce la hora de comer, beber, orinar y dormir de los otros dos, así que cuando se despidió diciendo que iba usted a la casa de un amigo no me lo tragué, pues cuál amigo, si usted mismo dice que no tiene, cómo es que quiso engañarnos si bien sabemos cuando alguno de nosotros trae un pedo atorado y se lo quiere aguantar, y usted traía uno Salazar, y yo sabía lo que iba a hacer porque en estos días he ido armando una colección de sus palabras en las que van impresos sus pensamientos y su sentir, y supe a qué hora lo iba a hacer, porque acuérdesese usted, comandante, cuando en medio de un operativo le pusimos nombre a ‘la hora del perro’, cuando al cabo de tantos años de andar patrullando la gran ciudad a diferentes horas del día, usted y yo llegamos a conocer los horarios en los que cada clase de ciudadano hace sus labores cotidianas, sabemos bien que como a las cuatro y media de la mañana, se abre la puertita de en medio de las cortinas de acero, para que entren los empleados a encender el fogón que calienta los comales mecánicos de las tortillerías, la señora que vende tamales afuera de la panadería, a eso de las cinco y media ya está batiendo el champurrado de chocolate mientras, aún soñolienta, llama una y otra vez a su chamaco de quince años para que se despierte a tiempo para llegar a hacer cola a la panadería, que en punto de las seis está sacando la primera horneada de bolillos calientitos que le habrán de servir a la vieja para vender las exquisitas tortas de tamal de rajas, mole, salsa roja o verde que tanto nos gustan, ¿o no comandante?, los empleados de los bancos entran a las ocho y media, aunque las puertas de esas instituciones se abran al público hasta las nueve —salen a comer a las tres y regresan a las cuatro—, después como a las diez de la mañana entra el personal de comercio que por la tarde come en el establecimiento en que trabajan, mientras que los del banco en una fonda cercana al trabajo, los empleados de gobierno entran a las ocho, hacen su comida a las tres para salir a las seis, dizque para ahorrar

energía eléctrica, sabemos bien mi comandante que a la hora en que toda esta gente se traslada de su casa al lugar en donde laboran y al revés, los malandrines ya se han untado crema de manos en el dedo medio e índice, para adelgazarlos y formar en ellos la curva esa que nos ha sorprendido en ocasiones, esa curva que requiere una pinza para ser capaz de entrar incógnita en cualquier bolsillo en busca de un cuero, como le llaman a las billeteras que consiguen, según ellos, porque los muy cabrones no salen de sus casas sin rogarle sus favores a la virgen persignándose fervorosamente, para ellos su trabajo es tan digno y sacrosanto como cualquier otro, usted conoce tan bien como yo los horarios de cada tipo de ciudadano, sin importar en qué sector ejercen sus hábitos, sabe bien que ‘la hora del perro’ no es una hora normal de sesenta minutos, sino que sólo dura cuanto más quince, sí, ‘la hora del perro’ es ese cuarto de hora entre las tres y media y el cuarto para las cuatro de la mañana, la hora en que hasta los perros yacen en el más profundo sueño, es ése el momento en que cesa toda actividad de esta gran ciudad, todo duerme en medio del silencio, que sólo a veces se ve interrumpido por el ruido del escape de algún taxi vagabundo, mientras que excepcionalmente en algunos puntos, el fervor del turismo alcoholizado bulle en el interior de los antros que lo atienden, pero allí, en el barrio en donde vive usted mi comandante, la gente trabajadora descansa, también descansan los malandrines que cada sabadito acuden a la esquina que ya sabemos, allí en donde estacionamos el coche sin insignias mientras van llegando uno a uno a entregar la cuota por la que les damos chance de trabajar, duermen los obreros, los empleados, las sirvientas, los estudiantes... y también duermen los perros ¿o no mi comandante?, ‘la hora del perro’, usted lo sabe, es el momento perfecto para sorprender a alguien, porque como todos duermen, el beneficio de la sorpresa se convierte en el amparo preciso y en una arma formidable...”

Remigio calló como para dejar que nuestro compañero asimilara esas palabras. Salazar con los ojos vendados sólo meneaba la cabeza negando las aseveraciones del oficial quien lo miraba con ojos de desprecio pero a la vez de compasión. Luego se puso de pie, se acomodó la pistola entre el cinturón y el abdomen y se agarró las manos por detrás de la cintura dando unos pasos lentos, haciendo ruido con el tacón de las botas, después giró violentamente y con un golpe que asentó en el escritorio continuó diciendo al comandante Salazar con palabras altisonantes “que pues en dónde jijos de la tiznada tenía usted la cabeza mi comandante, si usted bien sabe que hemos resuelto todos los casos que nos han sido encomendados, si tiene bien presente que hasta el más cabrón de los bri-

bones la caga en algún momento y ese error es el que nos sirve para dar con él, porque siempre hemos dicho que el crimen perfecto no existe, si estaba usted consciente de que después de todo, al final se iba a tener que enfrentar con nosotros mismos, usted y yo que siempre hemos sido el equipo más chingón porque sabemos que en esto de la investigación somos una cabeza que vale por dos y usted al cometer su crimen sería una sola cabeza, y su fruto torcido se habría de enfrentar tarde o temprano al azadón de nuestra sagacidad, dígame si no mi comandante, en donde estaba su cabeza cuando bajó del auto que estacionó seis cuadras al sur del edificio en el que vive, por aquello de las rechingadas dudas que algún trasnochado viera pasar su auto conocido por la calle y al momento de hacer nosotros las investigaciones dijera un testigo que el coche del comandante Salazar estaba parado afuera de su casa o en la misma calle la noche del crimen, y qué falsa seguridad se le metió mientras con decisión caminó hasta la puerta del edificio por su calle que hábilmente fue dejando oscura a tiros certeros con el silenciador en las lámparas del alumbrado público, una por día, confiando en que pasarían meses para que las repararan por la irresponsabilidad y negligencia de la comisión municipal de alumbrado, no entiendo qué idea loca le hizo pensar que el equipo de investigación no revisaría la cerradura de la puerta de entrada al edificio y al examinarla descartaría la violación de la chapa con ganzúas u otro artefacto debido a la ausencia de los indicios usuales que deja este procedimiento, qué fuerza lo mantuvo de pie al subir silenciosamente las escaleras hasta el cuarto piso en donde está su departamento, abrir la puerta con la llave y después para confundir las investigaciones meter una navaja en el cerrojo y así hacerla parecer violentada y luego miró su casa en medio de la noche silenciosa y antes de que su habitual cronómetro policiaco le indicase que concluyeron los quince minutos que dura ‘la hora del perro’, se dirigió a la habitación de la muchacha a quien le paga por cuidar a su hijo, no tuvo que abrir la puerta porque ella la mantiene siempre abierta de noche antes que llegue usted para estar alerta de los ruidos del bebé, avanzó sigiloso hacia donde dormía la chica para ponerle en la nariz el paliacate rociado con el cloroformo que extrajo de la morgue, la sintió resistirse al principio y cediendo al químico después, pero hasta aquí, dígame Salazar, qué oscura razón le impulsó a dirigirse hasta su recámara, entrar, cerrar la puerta y acercarse hasta su cama y destapar a su chamaco, a la imagen de la inocencia misma y decirle sin despertarlo ‘perdóname, no me guardes rencor por esto, y no pienses que yo te lo guardo porque te lo juro que no, no, yo he analizado el caso y no te echo la culpa de lo que le pasó a tu madre, como algún otro en mi situación lo pensaría si la única mujer de su vida, su

primer amor muere tratando de dar a luz a su primogénito, ni lo voy a hacer porque me estorbes o no quiera lidiar contigo por las condiciones en las que has nacido, ¿sabes por qué lo hago mihijito?, porque creo que el mundo es cruel y parece no poder reconocer que vale lo mismo un hombre que una mujer, y que valen los humanos entre sí lo mismo pese a nacionalidades, razas, creencias y posición social, un niño sano va a valer lo mismo que tú, desde que ambos nacieron hasta el día en que cualquiera de los dos muera, pero siempre te verán hacia abajo por ser distinto, por tener tu carita así, por morder tu lengua reseca y distraerte, siempre te hablarán con una fingida caridad que no te mereces por la simple razón de que eres un ser humano que vale lo mismo que cualquier otro, pero definitivamente todos te van a mirar con esos ojos de gracia que suelen dar los que se crearán sanos y superiores a ti, y tú no te vas a dar cuenta porque siempre serás como eres ahora, tus pensamientos serán, aún si llegas a ser adulto, los del bebé que eres y la gente te verá pasar caminando por la calle de mi mano y te tendrá una humillante y vergonzosa compasión, te saludarán hipócritamente y tocarán tu carita con recelo y a escondidas se lavarán las manos porque su mente torcida les anunciará contagio, como si no fuera más peligroso contagiarse de la estúpida tendencia que tiene el hombre a sentirse superior y diferente a sus semejantes, como si no fuera más bajo el ser soberbio, egoísta, orgulloso y elitista o bien, como si el ignorar fuese aún más vergonzoso que creer saberlo todo y por lo mismo estar consciente de que se ignora mil veces la cantidad de lo que se sabe, como si lo bonito fuese hijo de lo sagrado y lo feo hermano de lo profano, perdóname hijito pero es mejor sufrir pocos minutos y morir con dignidad a que pasen veinte años y sigas sufriendo prejuicios y la vergüenza de ser un hombre que depende de otro hasta para ir al escusado, no puedo imaginarme lo que va a ser de ti si algún día tu padre no corre con mucha suerte en medio de una persecución o un enfrentamiento con un delincuente, quedarías solo sin el amparo ni el amor de nadie en esta sociedad de mierda, perdóname hijito pero no quiero eso para ti'. "Así que tomó usted la almohada y se la puso al niño en la cara mi comandante. Ya casi me lo imagino acomodando a la criatura muerta entre las cobijas y la ropa que sacó del closet y echó sobre la cama para que la investigación apuntara hacia un robo a casa habitación, efectuado por unos pendejos que, sin querer, entre la oscuridad, revolotearon la ropa sin percatarse de la presencia del niño que murió asfixiado, luego casi lo veo sacando del cajón sus relojes y demás joyería y poniéndolas en una bolsa de plástico para después deshacerse de ellas, y luego a oscuras en la sala desordenando un poco y sacando los aparatos más pequeños para fingir un robo que resultase un homicidio, y

todo esto en lo que dura 'la hora del perro', luego se iría a tomar unos tragos y guardaría el llanto para llamarme suplicando mi presencia en su casa donde estaría usted fingiendo el descubrimiento del allanamiento, lo imagino llorando como lo hace ahora mientras nosotros indignados porque atacaron a un compañero, iniciamos la investigación para atrapar a los ladrones asesinos inventados por usted y que nunca atraparemos. En esos momentos a lo mejor se sintió Dios ¿no, Salazar?, tuvo usted un poco de razón, es injusto como la sociedad trata a las personas que sufren como su hijo, también es cierto que si un día me le pegan un mal golpe y cae usted en cumplimiento de su deber, su hijo no tendría el mismo amor de nadie como lo tendría de usted y quedaría a merced de esta pinche sociedad con sus prejuicios, su engaño y su maldad, pero no sea pendejo mi comandante, usted no es Dios y no juegue a serlo, si para usted todos los humanos son iguales y valen lo mismo, no tiene usted ninguna facultad para arrancarle a nadie el derecho de vivir, usted por saber un poco, a lo mejor dentro de lo mucho que ignora está lo que hay de recompensa para la gente que sufre, nadie sufre porque sí y todo lo que se llega a tener se paga ya sea antes o después, y si su hijo sufre ya tendrá su recompensa, así que no se ponga en el papel de quien no es y póngase mejor a pensar en que su hijo no se da cuenta de su padecimiento y no sufre por ignorarlo todo, quien sufre y no quiere aguantar es usted pero para eso es hombre, así que aguántese y padezca ese sacrificio con honor y con gusto cumpla con su deber... No es que yo me considere más cabrón que usted, pero yo veía venir todo esto, por eso entré mucho antes a su casa, porque fui siguiendo sus pasos desde que encontré en la guantera de la patrulla el pomito con cloroformo, desde ahí encendí la mecha a la imaginación y lo seguí por noches hasta que deduje que sería esta madrugada cuando llevaría a cabo su propósito. Afortunadamente fui testigo y diré a todo mundo que lo de su suicidio y lo que quiso hacer antes de eso fue por cariño a su muchacho, pero mire, comandante, aunque haya sido por eso, y yo sé que no, quiero decirle algo... es algo que usted ya sabe... para qué nos hacemos pendejos a estas alturas del partido, su hijo estará descansando en paz gracias a mí porque de algún modo yo también lo quiero, cómo no quererlo si es el recuerdo de la mujer que más amé en este mundo maldito, lo quiero como lo quiero a usted, pero lo odio al igual que lo odio a usted y por la misma razón: por arrebatarme a la mujer de mi vida, el mocoso ya no sufrirá más su padecimiento, yo sufriré el mío, pero usted... usted, mi comandante, me tomó ventaja una vez y ahora es cuando la vida nos ha de emparejar”.

Después de oír los disparos eché a correr hacia el coche lo más rápido que pude y saqué la maleta. Durante el regreso sentía que mis pies eran

ruedas. Pude haber corrido desde ahí hasta el puerto en menos de media hora que es lo normal en auto. El miedo me transformó en un bólido al cual el motor iba a estallarle en cualquier momento. Cuando llegué de nuevo a la puerta de la habitación, Remigio en cuclillas le quitaba las esposas a nuestro compañero que yacía en el suelo con un hilo de sangre saliendo de su boca. Yo estaba impávido en el marco de la puerta observando todo y temblando como una gelatina. Remigio se enderezó y se guardó la pistola de Salazar aún humeante entre el abdomen y el cinturón. Me mostró su reloj en señal de darnos prisa. Alcancé a mirar la hora: eran las cinco de la mañana. La hora del perro tenía hora y cuarto de haber terminado. Puse la maleta en el suelo, la abrí y prescindí de los utensilios de tortura que había ahí dentro para irme directo a la sección de maquillaje —que sólo se utiliza cuando alguien no aguanta o cuando al comandante se le pasa la mano y se disfraza el hecho de suicidio.

Antes de que amaneciera totalmente, borramos huellas y quemamos evidencia. Una vez que todo estaba limpio y cada cosa en su lugar (incluyendo a Salazar), Remigio me pidió que lo dejara en el centro. Hice alto en una esquina. Al bajar, mi nuevo comandante con la portezuela del auto abierta, un pie en el interior del carro y el otro en tierra firme, pronunció sin mirarme, únicamente agitando el dedo índice, las cinco palabras que en nuestro argot significan “guarda silencio o te pasa lo mismo, sólo reafirma mi informe”. Se alejó y yo partí culebreando entre las calles repitiendo una y otra vez los cinco vocablos: —aquí no ha pasado nada.